

los procesos de periurbanización analizados en Alemania, Francia, España e Inglaterra. Las principales diferencias son: a) desiguales tasas de crecimiento económico; b) diversidad en los sectores económicos que actúan como motores del cambio, y c) contextos de regulación política y ordenación territorial divergentes. Las principales similitudes son: a) el empleo está muy concentrado en la ciudad central, mientras que el crecimiento residencial sucede principalmente en las zonas periurbanas. La expansión residencial va acompañada de: b) una tendencia general al declive de los trabajos agrícolas (excepto en El Ejido); c) las áreas periurbanas aseguran pocos nuevos empleos no relacionados con la agricultura, excepto en el turismo o los servicios locales asociados al crecimiento poblacional; d) los centros periurbanos encuentran grandes dificultades para ampliar su papel más allá de su función de ciudades dormitorio; e) en las regiones urbanas se está produciendo una segregación social que diferencia a los habitantes periurbanos,

provenientes de la ciudad, de los habitantes de las áreas suburbanas; f) los servicios se concentran en las ciudades centrales, con pérdida de servicios en las zonas rurales, y g) se incrementan las distancias de los viajes diarios para el trabajo, los servicios y el ocio, lo cual contribuye a un mayor deterioro ambiental. Este panorama, como dice el autor, no es favorable a los objetivos ni a las metas que persigue la Comisión de la Unión Europea mediante su principal documento sobre planificación espacial y ordenación del territorio (ESDP, 1999). Se deben instrumentar políticas urbanas locales y regionales que consideren los problemas aquí tratados, al tiempo que conocer más profunda y globalmente las realidades implicadas en los diversos procesos europeos de periurbanización.

José Francisco Jiménez Díaz
Universidad de Granada

IGLESIAS DE USSEL, J.; HERRERA, M. (coords.) (2005)

Teorías sociológicas de la acción

Madrid: Tecnos.

Teorías sociológicas de la acción es una interesante obra colectiva que pone de relieve la importancia que siempre ha tenido el estudio de la acción social dentro de la sociología. Así lo reconocen sus coordinadores, los profesores Iglesias de Ussel y Herrera, que apuntan que el objetivo de la misma ha sido desde el principio ofrecer, mediante el perfil de algunos autores significativos, una introducción ardua y compleja de la acción.

Desde un recorrido, en parte analítico y en parte cronológico, se ha pretendido hacer una radiografía lo suficientemente amplia para que aporte claves de lectura y de interpretación de la acción

social. Los sociólogos escogidos han sido: G. Homans, T. Parsons, R. Dahrendorf, H. Garfinkel, G. Batenson, A. Schütz, M. Mafessoli, E. Goffman, J. Habermas, Maciver y G. Becker.

La lógica o línea de análisis de este libro puede identificarse en torno a varias cuestiones, pero el punto de origen es la diferenciación o jerarquía introducida por Weber entre «comportamiento», «acción» y «acción social». La premisa de partida es que no se puede equiparar o hacer equivalente el comportamiento humano con los conceptos de acción, en cuanto no están necesariamente presentes en él los elementos de intencionalidad (concepto

de acción humana), ni la orientación hacia el otro (elemento distintivo de la acción social).

El hecho de establecer una diferenciación nos permite comprender cómo pueden entenderse las diferentes formas de estudiar la acción social. No todas las teorías de la acción social tratan de explicar el efecto de la agregación de acciones individuales sobre el todo social, lo que da lugar tanto a la formación de agregados como las instituciones sociales, desde los mismos parámetros de estudio, ni siquiera fijando para ello el mismo objeto de estudio central. Buena muestra de ello son las relaciones que presentamos. Teorías de carácter más psicológico, como la que desarrolla Homans, basadas en los fundamentos del conductismo de Skinner, tienen como objeto básico el estudio del comportamiento humano. Por el contrario, teorías de signo más sistémico, como bien representa Parsons, fijan como propósito y objetivo la explicación de las acciones de los individuos en la medida en que son subproductos de un esquema de estructuras funcionales, que determinan o establecen los cursos de acción posibles en relación con el ambiente en el que se desarrolla el individuo.

En este sentido, debemos indicar que esta obra pretende ser algo más que una mera recopilación de ideas de pensadores de los siglos XX y XXI, y aportar nuevos fundamentos. En la medida de lo posible, este libro no quiere ser una simple y vana introducción al tema de las teorías de la acción social. El estudio y la exposición del planteamiento de cada uno de los autores que se reconocen aporta cuestiones clave, pero, también es cierto que no se rehuye el análisis de los elementos más controvertidos y técnicos de cada uno de ellos.

Por este motivo, la utilización de este libro atiende a varios niveles. El lector que se inicia en la materia tendrá a su disposición un buen mapa conceptual del tema de la acción social, apoyándose en una

lectura menos técnica del libro. Para los lectores más expertos en estas cuestiones, el libro es una exposición amplia, específica y detallada del enfrentamiento paradigmático entre muy variadas concepciones y tradiciones de pensamiento de la acción social. Pero, al mismo tiempo, tiene un clara referencia: facilitar una orientación pedagógica que lo convierta, al mismo tiempo, en un material de apoyo de enorme valor y calidad que permita también servir de ayuda en cursos de teoría sociológica contemporánea.

Tratar de abordar cada uno de los capítulos desarrollados por profesores, todos ellos, del Departamento de Sociología de la Universidad de Granada, comporta destacar la variedad paradigmática que tiene la obra, la pluralidad de enfoques que se recogen y el trabajo en equipo de un grupo de estudiosos para acercar planteamientos sociológicos y filosóficos al resto de la comunidad científica. Cada uno de ellos ha tratado de ser lo más gráfico y sencillo posible, con el objetivo último de contribuir al conocimiento del problema de la acción y a la toma de posición con respecto a los conceptos, a las teorías y a los autores analizados.

Los profesores De Pablos y Entrena han recorrido la obra de G. Homans centrando su acción en la teoría del comportamiento social elemental. Homans se centró en el análisis de los comportamientos concretos de los sujetos individuales, al entender que la escuela funcionalista no los explicaba suficientemente bien. Entendía, en cualquier caso, que tales acciones exigían una explicación complementaria a partir de las motivaciones y causas que lo llevaban a actuar de una determinada manera o de otra, centrado en el intercambio. Su idea de la acción tiene que ver con la búsqueda individual de recompensas, y ésta es la que genera el intercambio (todo comportamiento de una persona depende de la lógica de recompensas y sanciones). En

cualquier caso, tal y como reconocen, la posición de Homans nos previene de los excesos de un determinismo sociológico que ha tendido a ver a la historia como resultado de la evolución de fuerzas abstractas e impersonales y a minusvalorar el papel de los sujetos concretos.

Por su parte, la teoría estructuralista de T. Parsons entiende la acción como un comportamiento social dotado de sentido en el que se presupone que los actores o agentes sociales orientan sus acciones y comportamientos en función de roles institucionalizados según sus funciones o determinados valores culturales interiorizados. Parsons critica las versiones utilitaristas de la acción social (los individuos no actúan sólo por motivos de utilidad) y critica las versiones politológicas del orden social basadas en el poder (constituido contractualmente por los individuos).

Castón Boyer e Iglesias de Ussel son los encargados de acercarnos el pensamiento de R. Dahrendorf, que centra su teoría en el concepto de rol y en la simulación que encuentra «en el punto de intersección entre el individuo y la sociedad» y que está representada por el llamado «actor social»: el *Homo sociologicus*. El *Homo sociologicus* de Dahrendorf es un individuo que toma decisiones y anticipa las decisiones de los demás individuos, en base a las expectativas de rol. No es necesariamente una marioneta de la estructura social, sino que interactúa con el ambiente a partir de los límites institucionales en los que se encuentra inserto en cada momento. La afirmación de que el hombre es un ser social, es algo más que una metáfora, sus roles son algo más que máscaras intercambiables, su comportamiento social, más que una comedia o tragedia, de la que se deja marchar también al actor a la verdadera realidad.

H. Garfinkel, apoyándose en A. Shütz, como máximo representante de la etnometodología, trata de comprender las actividades banales de la vida cotidiana

como fenómenos de pleno derecho. Para Garfinkel, la interpretación del sentido de una acción es posible porque la misma acción no es sino el reflejo de una estructura semántica pre-existente, que continuamente se confirma y se modifica según el uso que de ella hacen los propios sujetos. Los individuos no sólo viven en y se guían en sus acciones por un mundo ordenado de normas e imperativos morales, sino que, sobre todo, producen y mantienen el mismo orden social del que forman parte. Pero para ver este proceso de producción, hay que saber como mirar la realidad que nos rodea en una actitud e intención distinta de la que espontáneamente y rutinariamente aplicamos.

Los siguientes capítulos abarcan las obras de A. Schütz y M. Maffesoli. La teoría fenomenológica de Schütz reconduce la interpretación de la acción social de Parsons a la singular conciencia individual, pues entiende que más allá del «mundo de la vida» individual no existen ni modelos culturales ni cualquier sistema de roles. Es decir, el mundo social y el obrar social no se pueden reconducir a un sistema de normas y valores dados, sino que es el resultado de una estratificación de prácticas intersubjetivas de producción, de realización y de representación de sentido, que se encuentran en el sistema de signos y su mediación simbólica.

Por su parte, Maffesoli se centra en las potencialidades polimórficas de cada uno de los individuos contra toda mística de la unidad central. Manifiesta la necesidad de estudiar lo imaginario y los aspectos irracionales y a-lógicos. Entiende que se ha producido un tránsito hacia el actor social postmoderno (*Homo aestheticus*) que se inscribe en una sociedad más confusa, plural y heterogénea, donde se ponen en duda los criterios de legitimidad y los principios guías preestablecidos en el obrar cotidiano. Tal y como los coordinadores reconocen en la introducción, supone la exaltación de nuestros sentimientos individuales, de nuestras emociones, de nues-

tros deseos para reconstruir pequeñas tribus comunitarias en una sociedad que solamente trata de imponer sus cánones funcionales. En una palabra, se trata de rehabilitar nuestro obrar espontáneo, dionisiaco, contra el poder, siempre abstracto y mecánico, de la sociedad.

Goffman también adquiere un protagonismo especial dentro de las teorías sociológicas de la acción. Destaca su particular visión del mundo de las relaciones cara a cara. Su obra se centra en el análisis de la dramaturgia de la interacción en la vida cotidiana. Según su enfoque, el individuo trata de presentarse ante la sociedad a partir de una serie de cuidados rituales, donde se hace presente la intencionalidad del individuo de aparecer ante los demás, como si de un teatro y una obra se tratase. Los individuos ocupan, por tanto, una multiplicidad de roles sociales según diversos contextos y situaciones de interacción, según distintos papeles y escenarios. En este sentido, la cantidad de recursos en la presentación de la vida social es incontable. Sin embargo, la acción social para Goffman se produce en un ambiente determinado, por lo que, para poder analizarla, debemos estudiar la propia acción y el entorno donde se produce la misma.

Los profesores Trinidad y Herrera hacen balance de la prolija obra de J. Habermas. Tratar de sintetizar y analizar éstas es, sin duda, una tarea compleja, pero en su esfuerzo por condensarla han partido de su intento por recuperar el concepto de acción social de Weber. A partir de su teoría de la acción comunicativa, podemos establecer las claves de su pensamiento. La elaboración del concepto de acción comunicativa valora los recursos racionales e integradores del mundo de la vida, entendido en sentido crítico y democrático contra las colonizaciones que éste sufre desde la lógica sistémica.

Los últimos autores son MacIver y Becker. Para el primero, la sociología debe

centrarse en la comprensión de las motivaciones del actor social. No obstante, para este autor, dicha comprensión puede darse según un esquema causal, pero, en su opinión, explicar causalmente un acontecimiento social no significa someterlo a leyes generales, sino buscar de forma histórica-hermenéutica determinados «factores diferenciadores» respecto a situaciones similares. La esfera de la acción individual y social es prioritaria respecto a la dinámica estructural de la sociedad. La espontaneidad y la creatividad que la caracterizan, ya sea a nivel individual o comunitario, representan un valor en el que el Estado y las grandes instituciones sociopolíticas no pueden intervenir, salvo que sea para su reconocimiento y promoción.

Por su parte, Becker recoge la escuela del imperialismo económico o la línea de trabajo iniciada por algunos economistas de aplicar los instrumentos del análisis económico a otras cuestiones sociales o disciplinas como la sociología. En este sentido, la acción social se interpreta desde un enfoque puramente económico-utilitarista. La idea básica en su modelo es que los individuos tienen un comportamiento maximizador óptimo; es decir, cualquier tipo de comportamiento puede ser explicado en virtud de algún argumento añadido a la función de utilidad individual.

La obra pretende ser, por tanto, una exposición sobre diferentes formas de entender la acción social. Este libro presenta, en definitiva, una perspectiva distinta. En un primer momento, se ofrece el pensamiento de cada autor, pero cada uno de los profesores guarda una prudente distancia, pues de lo que se trata es de exponer ante el lector los argumentos que sean merecedores de juicios suficientes para que extraigan sus propias conclusiones y consecuencias.